

CHANG-RAE LEE

Rendidos



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

1. Corea, 1950

2. Nueva York, 1986

3...

4. Fort Lee, 1986

5. Yongin, Corea del Sur, 1953

6...

7. Manchuria, Año Nuevo Lunar, 1934

8...

9...

10...

11...

12...

13...

14...

15...

16...

17...

18...

19...

Créditos

para Eunei

1

Corea, 1950

El viaje casi había concluido.

La noche era insólitamente fría, con el viento afilado por la velocidad del tren que circulaba hacia el sur por el valle en sombras. La manta de algodón que June había robado era lo bastante amplia para extenderla como una lona y envolverse en ella junto a sus hermanos pequeños, pero estaba raída y, cuando el tren aceleraba durante breves tramos, sentían cómo la traspasaba el viento. La noche anterior no habían tenido ese problema pero ahora, aunque el convoy era largo y llevaba más de doce vagones, no quedaba sitio en ninguno y viajaban en el techo del furgón de cola. Una enorme legión de refugiados esperaba en la última estación, y en el tiempo que tardaron sus hermanos en orinar al lado de la vía perdieron el sitio y tuvieron que subir entre dos vagones por una herrumbrosa escalera, June corriendo al lado del tren a lo largo de cincuenta metros hasta que su hermano ascendió los travesaños suficientes para que ella pudiera alcanzarlos de un salto y trepar a su vez.

Había una veintena de personas en lo alto de cada vagón, contingentes de familias y vecinos, en su mayoría mujeres, criaturas y ancianos, y luego un par de grupos como el suyo, niños que viajaban solos. June tenía once años; Hee-Soo y Ji-Young acababan de cumplir siete. Eran mellizos, y tan iguales como podrían serlo dos hermanos de distinto sexo, sólo se los distinguía por el corte de pelo. June era consciente de que podrían haber esperado otro tren con sitio libre en el interior, pero cuando pararon poco antes de oscurecer no hacía frío y decidió no desaprovechar la oportunidad y proseguir la marcha. Continuar en movimiento siempre era más seguro que detenerse en algún lugar, y de todos modos en la estación no había nada para comer. Junto a la caseta del apeadero vio a unos cuantos soldados desaliñados bebiendo y jugando a las cartas, pero su presencia sólo significaba problemas, incluso para una chica de su edad. Además era alta y recelaba de los militares y de los hombres solitarios. Se encontraban a unos doscientos kilómetros al sur de Seúl, más allá de Chongju, y June pensaba ahora que podrían dirigirse a Busán, donde vivía la familia de su tío, aunque no sabía si seguían allí, suponiendo que aún estuvieran vivos.

El tren cobró velocidad por una ligera pendiente y June pasó el brazo sobre sus hermanos, sujetándolos con fuerza. Tendidos boca abajo entre los caballetes del techo, se pegaban cuanto podían a la superficie metálica del furgón. Iban en la parte frontal del vagón y por eso recibían de pleno la embestida del viento. Tenían suerte de disponer de una manta; no era el caso de otros muchos que viajaban en el techo de los vagones. Era muy pronto para dormir pero hacía frío y convenía que los mellizos no se movieran, sobre todo teniendo en cuenta que no habían comido más que unas galletas en todo el día. La propia June no había ingerido nada. Se habían alimentado bien el día anterior, cuando June encontró, bajo una pasarela, una bolsa abandonada por un soldado norteamericano con comida en conserva, una chocolatina y un paquete de galletas. Sus hermanos tenían tanta hambre que engulleron primero la chocolatina mientras ella abría las latas golpeándolas con una piedra. Se hizo un corte en el dedo y algunas gotas de sangre salpicaron la comida pero la consumieron sin la menor vacilación, dos latas de estofado de buey y una de sardinas en salsa de tomate, después de lo cual lamieron por turno el interior, cuidadosamente, con habilidad gatuna. Les hizo guardar las galletas. Llevaban dos semanas viajando solos, desde la muerte de su madre y su hermana mayor, al principio en compañía de unos vecinos de su pueblo pero inmersos luego en el inacabable torrente de refugiados que se dirigía al sur por las elevadas carreteras y terraplenes de los valles. En otra época habría sido un viaje bonito, las colinas cobrando ya un color de calabaza, heno y granada y el cielo ancho y despejado, pero ahora, por dondequiera que se mirase, habían talado la mayoría de los árboles para hacer leña y sólo se veía una nebulosa y opresiva claridad reflejada por las peladas colinas. Había campos donde antes cultivaban patatas y coles, y terrazas de arrozales, pero todo lo habían arrancado y luego abandonado durante los primeros meses de la guerra. Las casas de los campesinos, cuando los bombardeos no las habían reducido a escombros, sufrían la sucesiva ocupación de ambos bandos en su avance o retirada, además de la invasión de refugiados de paso como ellos. No importaba que a veces sus dueños estuvieran presentes y aún viviendo allí.

Unos días antes June y sus hermanos pasaron la noche en una casa no mayor de veinte metros cuadrados junto a una treintena de personas, incluidos el viejo campesino y su mujer, que durmieron en un rincón junto al arcón de sus pertenencias cerrado con llave. No paró de llover aquel día, y cuando alguien divisaba lo que podría ser una casa al pie de una colina, unos cuantos echaban a correr ha-

cia ella, y luego otros más, y enseguida montones de gente. Pero aquélla estaba lejos de la carretera y los tres se lanzaron a una veloz carrera para llegar a la casa con la primera oleada. El campesino había intentado camuflarla con una cubierta improvisada de juncos y tela metálica y apareció de pronto con una horca en la mano, pero bajó las púas hacia el suelo cuando vio que no servía de nada. La superioridad numérica se imponía incluso entre los débiles y harapientos. La multitud se abrió paso hasta que se llenó la pequeña casa, los demás tuvieron que subir de nuevo a la carretera y proseguir la marcha bajo la lluvia.

Lo único que el campesino y su mujer pudieron hacer fue asegurarse de tener sitio para pasar la noche. Se mostraron lo bastante perspicaces como para ofrecer parte de su comida con la esperanza de que no se la arrebataran toda. Por propia iniciativa, la mujer preparó rápidamente un buen puchero de gachas de avena y todo el mundo recibió medio tazón; a ellos tres les tocó un jarro de latón y June rogó a la mujer del campesino que lo llenara hasta el borde, cosa que ella hizo. Por turnos se lo fueron tomando a tragos, apretujados en medio de aquella horda, todos ellos sentados con las piernas cruzadas y tocándose con las rodillas. Sólo los niños pequeños podían acurrucarse o recostarse en algún sitio. La lluvia había calado a todo el mundo, era intenso el olor a sudor de tanta gente, a los cuerpos tanto tiempo sin lavar en aquel espacio cerrado, y en la única habitación de la casa el ambiente pronto se volvió acre y sofocante con la insoportable humedad, por lo que alguien pronto pidió a June que abriera la ventana, situada justo encima de sus cabezas. Después de comer, sacó un peine de carey de su madre y lo pasó por el pelo de sus hermanos; antes de que empezara a llover por la mañana había observado el tono blanquecino de sus cabezas, de modo que ahora los peinó para arrancarles las pegajosas capas de piojos. Les fue sacudiendo por la ventana. Era una tarea inútil, desde luego, porque no tenía un jabón específico para matar las liendres, que sencillamente se multiplicarían, aparte del hecho de que los demás estaban igualmente infestados, pero ahora que su madre y su hermana mayor habían muerto le tocaba a ella cuidar de los niños, mantenerlos tan sanos como pudiera, de modo que siempre que tenía ocasión les lavaba la cara, o les frotaba dientes y encías con hojas de hierbabuena, les daba casi todo lo que conseguía mendigando o cambiando por otra cosa, alimentándolos todo lo que podía sin que el hambre llegara a debilitarla demasiado.

Siempre había sido una hija responsable, consciente de sus deberes filiales, y como era la más próxima a la edad de los mellizos, lle-

vaba cuidándolos desde que podía recordar. Daba la casualidad de que sus hermanos mayores también eran mellizos de distinto sexo, y parecía que su familia estaba compuesta por los padres y tres hijos, en vez de cinco, con June un poco al margen de aquel conjunto natural. Era una organización orbital que al principio le había parecido nefasta pero que en realidad convenía a su pujante carácter, algo que reconocía su amable y considerado padre, el respetable maestro de escuela del pueblo. A menudo le decía que en aquel individualismo suyo había una gran entereza que seguramente le daría muchas satisfacciones, idea que June consideraría amargamente irónica años después, cuando lo denunciaron falsamente por comunista en los primeros días, catastróficos y aterradores, de la guerra.

Se peinó los cortos cabellos y comprobó que también tenía la cabeza plagada de liendres, y cuando su hermana Hee-Soo se ofreció a quitárselas, se lo permitió. Algunos hombres encendieron cigarrillos y otros se pusieron a hablar. Las conversaciones se centraron al principio en los rumores sobre el movimiento de los ejércitos (los norteamericanos avanzaban ahora rápidamente por el norte, mientras los norcoreanos, según decían, se batían en confusa retirada), sobre cuáles eran los mejores campos de refugiados, y en la cuestión de los familiares desaparecidos, pero pronto derivaron a temas como la lluvia, el tiempo que hacía últimamente, a si las peras y los caquis estarían ya maduros (caso de que hubiera frutas en los árboles, o de que quedara algún árbol en pie), a los mejores remedios para ciertos dolores, esa charla despreocupada de todos los días que de momento alejaba la espantosa realidad del devastado mundo exterior.

Pero entonces se levantó un hombre y empezó a reprenderlos por sus triviales preocupaciones. Tendría poco más de treinta años, lo que resultaba extraño porque a cualquier otro de su edad lo habrían llamado inmediatamente a filas. Hablaba con emoción, apasionadamente, y por su acento y verbosidad se veía que era una persona bien educada. ¿Es que no les importaban las atrocidades que ocurrían a diario, en todas las aldeas y poblaciones del valle? ¿Les daba lo mismo que los maltrataran no sólo los soldados de ambos bandos sino también su propia gente? Habló de la rampante anarquía que asolaba el país, de las violaciones, mutilaciones y ejecuciones sumarias. Un hombre de pelo blanco que estaba cerca de June replicó secamente que sus acusaciones eran injustas, porque ¿qué podían hacer unas personas indefensas como ellos? Ya era bastante difícil sobrevivir, ir tirando simplemente.

—La guerra ha traído una oleada de sangre —prosiguió el anciano—.

Y se ha tragado a todo el mundo.

–Sí, es cierto –repuso el primero.

Se había vuelto frente al anciano y June vio que tenía un párpado cerrado y medio hundido en su órbita, el otro ojo muy abierto pero turbio y grisáceo, mirando para otro lado.

–Pero eso no quiere decir que debemos renunciar tan de prisa a nuestra naturaleza humana. Que nos volvamos tan indiferentes. Ayer había una anciana tumbada de costado en la carretera. Yo casi no veo pero era evidente que tenía grandes dolores. Alguno de vosotros debió de pasar por su lado, ¿no?

A June le pareció que se fijaba en ella pero no estaba segura. Había visto a la anciana. Daba pena verla. Se había ensuciado por delante y por detrás y hacía tremendos esfuerzos por respirar, como si se hubiera atragantado con una manzana silvestre. Era difícil saber lo que le pasaba pero tenía un color horroroso. No la acompañaba ningún familiar ni llevaba pertenencias, ni siquiera un bolso, sólo lo puesto, como si por arte de magia la hubieran trasladado a la carretera desde algún sitio lejano. Además estaba descalza, y tenía las plantas de los pies suaves y limpias, como si acabaran de arrebatarle los zapatos. Ji-Young sintió curiosidad y aflojó el paso cuando se acercaban pero no tenían nada, nada en absoluto, para darle, y June tiró a los mellizos de la mano y siguieron rápidamente su camino.

–Lo único que pidió la mujer cuando mi madre y yo nos detuvimos fue algo de beber. Un trago de agua. Nada más. Sabía que se estaba muriendo, y qué horror debió sentir al ver que nadie se detenía siquiera para darle algo tan elemental. Sin embargo, antes de que nosotros nos detuviéramos habían pasado de largo centenares de personas.

–Ahí tenemos a Jesús y la Virgen María –murmuró alguien desde el otro extremo de la habitación. Hubo unas risitas ahogadas, dispersas.

El hombre torció la cabeza, abriendo aún más su único ojo, estirando el cuello.

–Estoy hablando de dignidad humana. De algo tan fundamental como eso. Sólo podíamos ofrecerle un pequeño consuelo. Murió poco después pero, por Dios, qué sola estaba con su miedo y su dolor. ¿Quién de esta habitación desearía a alguien semejante fin?

–¿Y no la resucitaste?

Más risas, esta vez bien articuladas, retumbantes. El hombre estuvo a punto de responder pero guardó silencio, con su madre tirándole con fuerza del brazo para que se sentara, cosa que hizo. Ahora tenía el ojo medio cerrado y le temblaba ligeramente la cabeza y el

cuello, como presa de un leve ataque. Se reanudó la conversación sobre temas triviales y pronto fue como si el hombre nunca se hubiera puesto en pie ni dicho nada. El momento ya había pasado, ya nadie lo recordaba. Todos estaban siempre hambrientos y cansados, y cuando descansaban a cubierto sanos y salvos, el tiempo parecía acelerarse paradójicamente, los periodos de sosiego nunca eran lo bastante prolongados ni satisfactorios, el cuerpo listo para un reposo completo pero la mente girando sin cesar en torno a recuerdos no deseados. Hee-Soo y Ji-Young estaban tumbados, muy juntos, sobre su regazo, y el peso de ambos resultaba casi insoportable para sus piernas cruzadas. El suelo de tierra batida era húmedo y frío y le daba miedo caer enferma, porque en la carretera, bien lo sabía, los enfermos empeoraban, se iban debilitando cada vez más y luego se les perdía muchas veces de vista. Les pasó suavemente la mano por la espalda a un ritmo lento, descendente, *cha-yan, cha-yan*, como hacía su madre cuando tenían una pesadilla o no podían dormir. El hombre y su madre seguían sentados, apoyados uno en la espalda del otro, tratando de conciliar el sueño como la mayoría de ellos, y June se preguntó si había estado así toda la vida o si se había quedado ciego recientemente, al principio de la guerra.

El resto de la noche transcurrió sin incidentes. Pese al tormento que suponía, la gente estaba acostumbrada a dormir sentada, y en general hubo silencio. Se oían gemidos, los murmullos angustiados y sin sentido de los sueños, y de pronto un grito que los despertó un momento a todos antes de que pudieran volver al profundo y difícil sueño. Fue precisamente el ciego quien gritó en plena noche, y June se quedó después largo rato despierta, preparándose mentalmente para más quejas o chillidos. Lo que más la impresionaba era una voz atormentada. Como una deprimente melodía. Ahora, después de lo que había vivido, se creía capaz de soportarlo casi todo, cualquier crueldad o catástrofe que se presentara ante sus ojos, pero las notas de un lamento humano la hacían desear que pudiera vivir sin corazón.

Percibió movimiento a la tenue luz de antes del amanecer. En el rincón de al lado un hombre de mediana edad jadeaba y hacía muecas; era uno de los que se habían burlado del ciego. Todos los demás seguían durmiendo. Había oído cómo respiraba, pasando el aire rápidamente entre los dientes. Parecía sufrir tremendos dolores y cuando June creyó que iba a pedir ayuda el hombre cerró los ojos y finalmente emitió un áspero gemido. Sus hombros flaquearon. Sin duda estaba a punto de desplomarse, pero en cambio echó a un la-

do el abrigo con que se cubría el vientre y de allí surgió la cabeza de una mujer, de rostro lánguido, carente de expresión. Tenía más o menos la edad de la madre de June y aún era bastante bonita, pese a su tez demacrada y cetrina. Sin mirarla, el hombre le dio unas tiras de pescado seco y luego se quedó dormido casi inmediatamente. La mujer se guardó el alimento dentro de la camisa y se volvió de espaldas. Con aire ausente acarició a los niños que dormían a su lado, dos niños y una niña de corta edad, y pareció que nada había ocurrido hasta que alzó la vista y se encontró con la mirada de June. La muchacha trató de apartar la cabeza. La mujer dejó de acariciar a los niños, momentáneamente atrapada en su vergüenza, pero entonces sus ojos se entornaron, dando más intensidad a su mirada, y parecieron maldecir a June a través de la penumbra, como pronosticando un futuro cada vez más cercano, un destino inminente.

Con la nueva luz del día los demás se estaban despertando, la habitación resonando con toses y gemidos, y las criaturas que algunos llevaban ya estaban inquietas, sus vientres ansiosos de leche. Hee-Soo y Ji-Young ya habían abierto los ojos y se quejaban en voz baja, también, como todas las mañanas cuando sabían que no había nada que echarse a la boca. Si June hubiese tenido leche (de haber tenido siquiera pechos de mujer) sin duda habría intentado darles de comer, pero les hizo callar, no por consideración a los que aún dormían sino para que no siguieran pensando en el hambre. Su madre no dejaba de decirles que pensarán solamente en lo que había en la siguiente colina, en el siguiente valle, en la próxima vuelta del camino, y aunque eso nunca disipaba el dolor en lo más mínimo, parecía que aceleraban ligeramente el paso al oír su orden, haciéndoles cubrir algo más de terreno en su marcha hacia el sur, hacia Busán. Desde el principio de la guerra, su madre los había conducido siempre hacia delante, fuera cual fuese la topografía, sin importar el tiempo que hiciese. Las primeras semanas fueron realmente tórridas, el cielo de julio un sofocante manto de niebla; luego se desgarraban las nubes y la carretera se convertía en un estancado río de barro. Moscas y mosquitos zumbaban furiosamente en sus oídos. A pesar de todo continuaban la marcha penosamente, con la mente en suspenso, cesante todo futuro salvo aquel en que perduraban, prosiguiendo. Sus movimientos se debían más a la inercia que a la propulsión. A la imperiosa tendencia. Y sin embargo cada cual hacía lo que podía. Una mañana, cuando su madre aún vivía, June la vio bajar de la cabina de un camión del Ejército de la República y luego coger unas bolsas de comida que le daba el conductor. Eran alubias rojas. Cuando volvió, June fingió que dormía, y só-

lo se levantó con sus hermanos cuando su madre empezó a guisar las judías. Nadie preguntó de dónde habían salido. Las comieron para desayunar, las engulleron más bien, June llenándose el gástrico tan deprisa que durante unos segundos creyó que iba a ahogarse de verdad, los ojos desorbitados mientras su madre le daba ligeras palmaditas en la espalda, diciendo:

—Más despacio, cariño. Hay de sobra.

El viejo campesino se puso en pie junto a su mujer y manifestó que ojalá pudiera ofrecerles algo para desayunar pero no le quedaba casi nada y por eso les pedía que hicieran el favor de seguir su camino, ahora que no llovía. Añadió que le habían hablado de un campo de refugiados de Naciones Unidas que acababan de abrir a unos veinte kilómetros al sur. Nadie dio mucho crédito a sus palabras sobre el campo y la escasez de sus provisiones, pero desde luego el viejo había sido paciente con ellos y empezaron a recoger sus cosas para marcharse. Mientras sus hermanos bostezaban y se restregaban los ojos para desperezarse, June les sacudía el polvo de la ropa. No servía de nada, desde luego, porque nunca podía lavarla en ningún sitio y hacía tiempo que tenían las prendas y la piel tiznadas del rojizo color de la tierra del valle, pero lo hacía de todos modos porque era lo que habría hecho su madre de haber estado aún viva. Así era como June formulaba todas las decisiones. Ya fuera la de seguir adelante o descansar. Dónde dormir por la noche. A quién acercarse y de quién huir. Y así era, sobre todo, como sofocaba sus propios impulsos animales, su deseo de quedarse para ella sola el escaso alijo de provisiones que tuvieran la suerte de encontrar. Así mitigaba la sensación de ver a sus hermanos como una carga, o peor aún, como si la estuvieran matando, por despacio que fuese, dos sanguijuelas ciegas pegadas a sus talones, que le iban quitando la vida poco a poco. Así era como aún se resistía a endurecer sus sentimientos hacia ellos. A odiarlos. Porque los quería, desde luego, y como hubiera hecho su madre ella renunciaría a todo con tal de protegerlos, pero ¿le quedaba algo ya para dar? El hambre y el cansancio le producían una sensación de vacío, sólo el miedo tonificaba su sangre. Empezaba a darse cuenta, además, de que no podían seguir así mucho más tiempo, de que había de producirse algún cambio, y pronto. Por la noche estaban atentos por si oían ranas o grillos, con la esperanza de cazar algo para comer. Durante el día escarbaban buscando raíces y larvas. Mendigaban y robaban todo lo que podían, pero tres meses de agotadora guerra habían dejado poco de valor. Y sabía que era demasiado joven y apenas tenía recursos para mantenerlos sanos y salvos. June era capaz de cui-

dar de sí misma pero a ellos tendría que ayudarlos alguien. De otro modo perecerían, o en un momento de debilidad ella podría dejarlos morir, tal como a veces imaginaba, soltándoles de la mano mientras vadeaban algún río de rápida corriente, el ruido de las impetuosas aguas sofocando sólo en parte sus gritos.

El campesino volvió a pedir que se marcharan a los que aún permanecían en la casa. Pero algunos ni siquiera se habían hecho a la idea, y permanecían en cuclillas o tendidos en el suelo y fumando cigarrillos. El campesino empezó a quejarse, diciendo que había tenido mucha paciencia pero que ya estaba bien. Nadie le hacía caso, unos continuaban los preparativos para marcharse, otros seguían descansando indiferentes. El ciego y su madre habían hecho el hatillo, que él se echó a la espalda ciñéndoselo al pecho con una correa de lona para asegurarlo. Caminaban arrastrando los pies por delante de June, que observó que eran de los pocos que daban las gracias al matrimonio de campesinos al salir. La mujer del campesino tenía una mirada amable y hablaba con voz queda, y cuando llegaron a su altura June le cogió la mano y le preguntó si podían quedarse con ellos durante un tiempo, sólo unos días, explicándole lo más brevemente que pudo lo que le había pasado a su familia, y que ahora se encontraban solos en el mundo. Dormirían en la caseta del excusado, si no había otro sitio. El campesino había oído sus palabras mientras exhortaba a marcharse a algunos de los que quedaban y regañó a su mujer sólo por escucharla.

—¡El país entero está huérfano! —exclamó—. Marchaos ya, niños, antes de que se haga tarde. Así aprovecharéis el día.

Pero en vez de marcharse, June se sentó justo delante de él, tirando de sus hermanos para que se sentaran a su lado. Él les dijo que se levantaran.

—Por favor, abuela, deje que nos quedemos —imploró June a la mujer del campesino, dirigiéndose a ella como si fuera de su misma sangre—. No nos haga marchar.

—¡Es que no me habéis oído, niños insolentes! —exclamó con aspezeza el campesino.

—¡Por favor, abuela! —gritó ella, los mellizos haciéndole eco ahora.

El campesino se enfureció y agarró bruscamente del brazo a su hermano, poniéndolo en pie de un tirón como si fuera una marioneta. Ji-Young gritó de dolor y la mujer dijo a su marido que dejara en paz al niño. Pero entonces el campesino empezó a zarandear también a June, tratando de incorporarla. Ella se resistió y él la cogió de la camisa y se la habría arrancado de no haber echado ella la cabeza hacia delante para darle un fuerte mordisco en el huesudo antebra-

zo, intensamente bronceado. El campesino gritó una obscenidad y de un violento empujón la lanzó detrás de él, haciéndola caer con estrépito en un montón de leña bien arreglado cerca del escalón que daba a la diminuta cocina. June permaneció en el suelo, la espalda y el costado ardiéndole de dolor. Por un momento todo quedó en suspenso en la casa, con los ocupantes mirándola fijamente, hasta que comprendió que no era a ella a quien miraban; una parte de la leña se había derrumbado, descubriendo la tapa de una ancha tinaja oculta tras el montón. La mujer del campesino se arrodilló inmediatamente y trató de recoger las astillas desperdigadas para colocarlas de nuevo frente a la vasija.

–Oye, viejo –gruñó uno–, ¿por qué no nos enseñaste eso anoche?

–Sí, vamos a ver qué hay en la tinaja.

En efecto, cuando la mujer preparó la cazuela de gachas, insistió en enseñarles el interior de una vasija parecida, que estaba prácticamente vacía salvo por un tazón para sacar el contenido.

–¡No es asunto vuestro! –gritó el campesino–. En absoluto. ¡Mirad, ya he tenido bastante paciencia con todos vosotros! Ya no tenemos nada que daros. ¡Dejadnos vivir en paz en nuestra casa!

Uno de los hombres de mediana edad que había estado fumando se irguió ahora frente al campesino. Tenía las mejillas ásperas, los ojos sin brillo y hundidos en las órbitas. Le sacaba la cabeza al campesino y era mucho más corpulento, aunque tan delgado como todos los demás, y cuando habló no lo hizo en tono de broma:

–Sólo enséñanos lo que hay dentro.

–¡Ni hablar! –replicó el campesino.

El hombre pasó muy cerca de él. Pero antes de que diera un segundo paso, el campesino se sacó un garrote de debajo de la camisa y le sacudió en la nuca. El hombre cayó derecho al suelo, como si lo hubieran arrojado de gran altura. Aterrizó de cabeza, con un ruido alarmante, hueco. June se apartó rápidamente cuando otros hombres acudieron a atenderlo; tenía el rostro comprimido contra el duro suelo, y una sangre densa y oscura le corría por la nariz. El campesino miraba aturdido mientras los otros trataban de reanimar al caído, pero era inútil.

–Lo ha matado –declaró uno de ellos.

–¡Y por la espalda, además!

El campesino ya estaba retrocediendo contra la pared cuando se precipitaron sobre él. Contuvo al primero con el garrote pero los demás lo arrollaron enseguida, asestándole puñetazos y patadas cuando cayó al suelo. Su mujer gritaba para que se detuvieran. Pero siguieron golpeándolo hasta que se hizo un ovillo, cubriéndose la

cabeza, llorando como un pobre muchacho en el patio del colegio, la boca cubierta por una red de sanguinolentos hilos de saliva.

Fue entonces cuando saquearon la casa. Todo el mundo participó. Muchos de los que habían iniciado el ascenso de vuelta a la carretera, incluidos el ciego y su madre, volvieron para abrirse paso de nuevo en el interior de la casa. Era inútil tratar de hacer otra cosa. Quizá no tardaran más de unos minutos, por lo poco de valor que había. Primero volcaron la tinaja escondida, que sólo estaba medio llena de maíz seco, después la alacena de comestibles no perecederos, y luego desvalijaron la estancia llevándose cazuelas, utensilios de cocina y todo lo que quisieron. June y sus hermanos recogieron todo el maíz que pudieron; JiYoung incluso se sirvió de la boca, llenándose de granos cuando no le cupo más en sus bolsillos poco profundos. (Más tarde los escupió en la mano de June, que los lavó en el siguiente arroyo que cruzaron.) Rompieron el candado del baúl de la ropa, empezaron a revolverlo, y June tuvo la suerte de coger una manta que había caído al suelo entre dos mujeres que se disputaban una blusa de seda. No pesaba mucho pero era grande, y la muchacha estaba segura de que les vendría bien. El resto era ropa de gente mayor, gastada y con manchas. Al final la casa quedó patas arriba, el suelo hecho un revoltijo de fragmentos de cerámica y tejidos desgarrados, piezas de muebles destrozados, hasta el último objeto toqueteado y maltratado, lo no robado perdiendo su valor en el acto, y cuando se marcharon June ordenó a sus hermanos que no mirasen a la mujer del campesino, que seguía arrodillada sobre su marido semiinconsciente, el rostro enloquecido, gritando como si la estuvieran matando poco a poco.

El tren redujo la marcha y por un momento se detuvo por completo para luego arrancar de nuevo, el cambio de ritmo sacando a Hee-Soo de su pesadilla. June la escuchaba preguntándose si debía despertarla, porque iba alterándose cada vez más. Llamaba a su padre, que al parecer estaba bastante angustiado por haberse quedado encerrado de algún modo en su estudio.

—Por favor, padre, aguante —decía la niña, medio llorando—. Por favor, sólo un poco más. Madre sigue buscando la llave.

June remetiÓ bien la manta en torno a ellos, sujetando los raídos extremos bajo sus pies. Empezaban a salir las estrellas, que iban cobrando brillo mientras el cielo se oscurecía. En otra época, en otra vida, le habrían parecido bonitas, puede que hubiera despertado a sus hermanos para que contemplaran su despliegue, pero tal como

estaban las cosas sólo podía considerarlas como increíblemente lejanas y perfectas. Siempre indiferentes. Cuando el tren arrancó con una sacudida, Hee-Soo calló de pronto, mientras Ji-Young seguía roncando ligeramente; el chico siempre dormía bien, a pesar de las circunstancias. June confiaba en que ella también acabaría durmiéndose, al menos durante unas horas, para tener fuerzas suficientes al día siguiente. Pero era inútil. Estaba enteramente agotada y tenía la sensación de que sus extremidades eran tan frágiles y viejas como los brazos de la mujer del campesino, delgadas como ramitas de árbol; y sin embargo su mente seguía funcionando por la noche a toda velocidad, como un motor alimentado por gasolina, corriendo sin parar un solo instante, acelerando de tal modo que todo lo olvidaba salvo aquella actividad, que era su única razón de existir.

Su padre había sido el primero. La última vez que lo vio, sangraba por boca y nariz, por los ojos, arrodillado en el suelo con las manos atadas a la espalda, un oficial del ejército surcoreano erguido sobre él en una postura desenfadada, apretando el cañón de una pistola contra su cabeza. Los demás, menos su hermano mayor, iban en la parte de atrás de un enorme camión de transporte, conducidos a otra parte con las familias de otros hombres que habían caído en la redada. No les habían dicho adónde los llevaban. Todo había ocurrido en un instante, en el transcurso de una tarde, una semana después de estallar la guerra; en su rápida retirada las fuerzas de Corea del Sur pasaban desordenadamente por los pueblos e imperaba un pánico general, todo el mundo temiendo lo que los comunistas podrían hacer mientras el frente se desplazaba hacia el sur, la gente cargando frenéticamente cuanto podía en carros tirados por bestias, carretillas o coches si los tenían. Pero, según resultó, el ejército de la República de Corea del Sur sembraba tanta desgracia como los soldados del Norte, y tal vez más. Aquella mañana la familia de June estaba haciendo el equipaje cuando el jefe de policía del pueblo, también oficial del ejército surcoreano, y dos soldados armados irrumpieron en el patio interior de la casa y ordenaron a su padre que los acompañara a comisaría. Al principio él se limitó a asentir con la cabeza, como si el hecho de verlos no tuviese nada fuera de lo corriente. Cuando lo cogieron para llevárselo estalló de pronto, exigiendo saber lo que estaban haciendo, por qué lo detenían, pero no se lo dijeron. Al resistirse, un soldado lo golpeó en la cara con la culata del fusil y lo derribó al suelo. Le aplastó la nariz. Su hermano mayor, Ji-Hoon, que tenía catorce años, se lanzó con furia contra el soldado, pero lo dominaron con facilidad y jugaron cruelmente con él antes de confinarlo en el asiento trasero de un coche, junto a su